

## CAPITULO LXXXI.

Diversas particularidades de cosas.

Muchas cosas se podrian decir y muy diferentes de las que están dichas, y de algunas que se van allegando á la memoria, porque no tan enteramente como son y se debrian decir se me acuerda, deo de ponerlas aquí; pero de las que mas puntualmente puedo hablar diré, así como de algunos cojijos que para molestia de los hombres produce la natura, para darles á entender cuán pequeñas y viles cosas son bastantes para los ofender y inquietar, y que no se descuiden del oficio principal para que el hombre fué formado, que es conocer á su Hacedor y procurar cómo se salven, pues tan abierta y clara está la via á los cristianos y á todos los que quisieren abrir los ojos del entendimiento; y aunque sean algunas de estas cosas asquerosas ó no tan limpias para oír como las que están escritas, no son menos dignas de notar para sentir las diferencias y varias operaciones de humana natura, y digo así:

En muchas partes de la Tierra-Firme, así como pasan los cristianos ó los indios por los campos, así como hay muchas aguas, siempre andan con zarahuellas arremangadas ó sueltas, y de las yerbas se les pegan tantas garrapatas, que la sal molida es poco mas menuda, y se cuajan ó hinchen las piernas de ellas, y por ninguna manera se las pueden quitar ni despegar de las carnes, sino de una forma, que es untándose con aceite; y después que un rato están untadas las piernas ó partes donde las tienen, ráenlas con un cuchillo, y así las quitan; y los indios que no tienen aceite chamúscanlas con fuego, y sufren mucha pena en se las quitar.

De los animales pequeños y importunos que se crian en las cabezas y cuerpos de los hombres, digo que los cristianos muy pocas veces los tienen, idos á aquellas partes, sino es alguno uno ó dos, y aquesto rarísimas veces; porque después que pasamos por la línea del diámetro, donde las agujas hacen la diferencia del nordestear ó noroestear, que es el paraje de las islas de los Azores, muy poco camino mas adelante, siguiendo nuestro viaje y navegacion para el poniente, todos los piojos que los cristianos llevan ó suelen criar en las cabezas y cuerpos, se mueren y alimpian, que, como dicho es, ni se ven ni parescen, y poco á poco se despiden, y en las Indias no los crian, excepto algunos niños de los que nacen en aquellas partes, hijos de los cristianos; y comunmente en las cabezas los indios naturales todos los tienen, y aun en algunas partes, en especial en la provincia de Cueva, que dura mas de cien leguas y comprehende la una y otra costa del norte y del sur; los indios se espulgan unos á otros (y en especial las mujeres son las espulgaderas), y todos los que toman se los comen, y aun con dificultad se lo podemos excusar y evitar á los indios que en casa nos sirven, que son de la dicha provincia; pero es de notar una cosa grande, que así como los cristianos estamos limpios de esta suciedad en las Indias, así en las cabezas como en las personas, cuando á estas partes de Europa volvemos, así como llegamos por el mar Océano al dicho paraje donde aquesta plaga cesó, segun es dicho, como si nos estoviesen esperando, no los podemos por algu-

nos dias agotar, aunque se mude hombre dos ó tres ó mas camisas al dia, y tan menudísimos cuasi como liendres, y aunque poco á poco se vayan agotando, en fin tornan los hombres á quedar con algunos, segun que antes en estas partes los solian tener, ó segun la limpieza y diligencia de cada uno en este caso; pero no para mas ni menos que antes se hacia. Esto he yo muy bien probado, pues ya cuatro veces he pasado el mar Océano y andado este camino.

Entre los indios en muchas partes es muy comun el pecado nefando contra natura, y públicamente los indios que son señores y principales que en esto pecan tienen mozos con quien usan este maldito pecado; y los tales mozos pacientes, así como caen en esta culpa, luego se ponen naguas, como mujeres, que son unas mantas cortas de algodón, con que las indias andan cubiertas desde la cinta hasta las rodillas, y se ponen sartales y puñetes de cuentas y las otras cosas que por arreo usan las mujeres, y no se ocupan en el uso de las armas, ni hacen cosa que los hombres ejerciten, sino luego se ocupan en el servicio comun de las casas, así como barrer y fregar y las otras cosas á mujeres acostumbradas: son aborrecidos estos tales de las mujeres en extremo grado; pero como son muy sujetas á sus maridos, no osan hablar en ello sino pocas veces, ó con los cristianos. Llaman en aquella lengua de Cueva á estos tales pacientes camayoa; y así, entre ellos, cuando un indio á otro quiere injuriar ó decirle por vituperio que es afeminado y para poco, le llama camayoa.

Los indios en algunas provincias, segun ellos mismos dicen, truecan las mujeres con otros, y siempre les parece que gana en el trueco el que la toma mas vieja, porque las viejas los sirven mejor.

Son muy grandes maestros de hacer sal de agua salada de la mar, y en esto ninguna ventaja les hacen los que en el dique de Gelanda, cerca de la villa de Mediolburgue, la hacen, porque la de los indios es tan blanca ó mas, y es mucho mas fuerte ó no se deslaca tan presto; yo he visto muy bien la una y la otra, y la he visto hacer á los unos y á los otros.

Es opinion de muchos que en aquellas partes debo haber piedras preciosas (no hablo en la Nueva-España, porque ya de allí algunas se han visto y traído á España, y en Valladolid, el año pasado de 1524, estando allí vuestra majestad, vi una esmeralda traída de Yucatan ó Nueva-España, entallado en ella de relieve un rostro redondo, á manera de luna de Plasma, la cual se vendió en mas de cuatrocientos ducados de buen oro). Pero en Tierra-Firme, en Santa Marta, al tiempo que allí tocó el armada que el Católico rey don Fernando envió á Castilla del Oro, yo salté en tierra con otros, y se tomaron hasta mil y tantos pesos de oro y ciertas mantas y cosas de indios, en que se vieron plasmados de esmeraldas y corniolas y jaspes y calcidonias y zafires blancos y ámbar de roca; todas estas cosas se hallaron donde he dicho, y se cree que de la tierra adentro les debía venir por trato y comercio que con otras gentes de aquellas partes deben tener; porque naturalmente todos los indios generalmente, mas que todas las gentes del mundo, son inclinados á tratar y á trocar y baratar unas cosas con otras; y así, de unas partes á

otras van en canoas, y de donde hay sal la llevan adonde carecen de ella, y les dan oro ó mantas ó algodón hilado, ó esclavos ó pescado, ó otras cosas; y en el Cenú, que es una provincia de indios frecheros caribes, que confina con la provincia de Cartagena, y está entre ella y la punta de Caribana, cierta gente que allí envió una vez Pedrarias de Avila, gobernador de Castilla del Oro por vuestra majestad, fueron desbaratados, y mataron al capitán Diego de Bustamante y á otros cristianos, y estos hallaron allí muchos cestos del tamaño de estos banastos que se traen de la montaña y Vizcaya con besugos; los cuales estaban llenos de cigarras y langostas y grillos; y decian los indios que allí fueron presos que los tenían para los llevar á otras tierras adentro, apartadas de la costa de la mar, donde no tienen pescado, y estiman mucho aquel manjar para lo comer, en precio del cual decian que les daban y traian de allá otras cosas de que estotros tenían necesidad y las estimaban en mucho, y los de acullá tenían mucha cantidad de las cosas que les daban á trueco ó en precio de las dichas cigarras y grillos.

## CAPITULO LXXXII.

De las minas del oro.

Aquesta particularidad de minas es cosa mucho para notar, y puedo yo hablar en ellas mejor que otro, porque há doce años que en la Tierra-Firme sirvo de veedor de las fundiciones del oro y de veedor de minas, al Católico rey don Fernando, que en gloria está, y á vuestra majestad, y de esta causa he visto muy bien cómo se saca el oro y se labran las minas, y sé muy bien cuán riquísima es aquella tierra, y he fecho sacar oro para mí con mis indios y esclavos; y puedo afirmar como testigo de vista que en ninguna parte de Castilla del Oro, que es en Tierra-Firme, me pedirá minas de oro, que yo deje de ofrecérme á las dar descubiertas dentro de diez leguas de donde se me pidieren y muy ricas, pagándome la costa del andarlas á buscar, porque aunque por todas partes se halla oro, no es en toda parte de seguirlo, por ser poco, y haber mucho mas en un cabo que en otro, y la mina ó venero que se ha de seguir ha de ser en parte que, segun la costa se pusiere de gente y otras cosas necesarias en la buscar, que se pueda sacar la costa, y demás de eso, se saque alguna ganancia, porque de hallar oro en las mas partes, poco ó mucho, no hay dubda. El oro que se saca en la dicha Castilla del Oro es muy bueno y de veinte y dos quilates y dende arriba; y demás de lo que de las minas se saca, que es en mucha cantidad, se han habido y cada dia se han muchos tesoros de oro, labrados, en poder de los indios que se han conquistado y de los que de grado ó por rescate y como amigos de los cristianos lo han dado, alguno de ello muy bueno; pero la mayor parte de este oro labrado que los indios tienen es encobrado, y hacen de ello muchas cosas y joyas, que ellos y ellas traen sobre sus personas, y es la cosa del mundo que comunmente mas estiman y precian. La manera de como el oro se saca es de esta forma, que ó lo hallan en zabana ó en el rio. Zabana se llaman los llanos y vegas y cerros que están sin árbo-

les, y toda tierra rasa, con yerba ó sin ella; pero tambien algunas veces se halla el oro en la tierra fuera del rio en lugares que hay árboles, y para lo sacar cortan muchos y grandes árboles; pero en cualquiera de estas dos maneras que ello se halle, ora sea en el rio ó quebrada de agua ó en tierra, diré en ambas maneras lo que pasa y se hace en esto. Cuando alguna vez se descubre la mina ó venero de oro es buscando y dando cacas en las partes que á los hombres mineros y expertos en sacar oro les parece que lo puede haber; y si lo hallan, siguen la mina y lábralo en rio ó zabana, como dicho es; y seyendo en zabana, limpian primero todo lo que está sobre la tierra, y cavan ocho ó diez piés en luengo, y otros tantos, ó mas ó menos, en ancho, segun al minero le paresce, hasta un palmo ó dos de hondo, y igualmente sin ahondar mas lavan todo aquel lecho de tierra que hay en el espacio que es dicho; y si en aquel peso que es dicho hallan oro, síguenlo; y si no, ahondan mas otro palmo y lávanlo, y si tampoco lo hallan, ahondan mas y mas hasta que poco á poco, lavando la tierra, llegan á la peña viva; y si hasta ella no topan oro, no curan de seguirlo ni buscarlo mas allí, y vanlo á buscar á otra parte; pero donde lo hallan, en aquella altura ó peso, sin ahondar mas, en aquella igualdad que se topa siguen el ejercicio de lo sacar hasta labrar toda la mina que tiene el que la halla, si la mina le parece que es rica; y esta mina ha de ser de ciertos piés ó pasos en luengo, segun limite que en esto y en el anchura que ha de tener la mina ya está determinado y ordenado que haya de terreno; y en aquella cantidad ningún otro puede sacar oro, y donde se acaba la mina del que primero halló el oro, luego á par de aquel puede hincar estacas y señalar mina para sí el que quisiere. Estas minas de zabana ó halladas en tierra siempre han de buscarse cerca de un rio ó arroyo ó quebrada de agua ó balsa ó fuente, donde se pueda labrar el oro, y ponen ciertos indios á cavar la tierra, que llaman escopetar; y cavada, hinchen bateas de tierra, y otros indios tienen cargo de llevar las dichas bateas hasta donde está el agua do se ha de lavar esta tierra; pero los que las bateas de tierra llevan no las lavan, sino tornan por mas tierra, y aquella que han traído dejan en otras bateas que tienen en las manos los lavadores, los cuales son por la mayor parte indias, porque el oficio es de menos trabajo que lo demás; y estos lavadores están asentados orilla del agua, y tienen los piés hasta cerca de las rodillas ó menos, segun la disposicion de donde se asientan metidos en el agua, y tienen en las manos la batea, tomada por dos asas ó puntas para la asir (que la batea tiene), y moviéndola, y tomando agua, y poniéndola á la corriente con cierta maña, que no entra del agua mas cantidad en la batea de la que el lavador ha menester, y con la misma maña echándola fuera, el agua que sale de la batea roba poco á poco y lleva tras sí la tierra de la batea, y el oro se abaja á lo hondo de la batea, que es cóncava y del tamaño de un bacín de barbero, y cuasi tan honda; y desde toda la tierra es echada fuera, queda en el suelo de la batea el oro, y aquel pone aparte, y torna á tomar mas tierra y lavarla, etc. E así de esta manera continuando cada lavador, saca al dia lo que Dios es servido que saque,

según le place que sea la ventura del dueño de los indios y gente que en este ejercicio se ocupan; y hase de notar que para un par de indios que laven son menester dos personas que sirvan de tierra á cada uno de ellos, y dos otros que escopeten y rompan y cavén, y hinchan las dichas bateas de servicio, porque así se llaman, de servicio, las bateas en que se lleva la tierra hasta los lavadores; y sin esto, es menester que haya otra gente en la estancia donde los indios habitan y van á reposar la noche, la cual gente labre pan y haga los otros mantenimientos con que los unos y los otros se han de sostener. De manera que una batea es, á lo menos en todo lo que es dicho, cinco personas ordinariamente. La otra manera de labrar mina en río ó arroyo de agua se hace de otra manera, y es que echando el agua de su curso en medio de la madre, después que está en seco y la han xamurado (que en lengua de los que son mineros quiere decir agotado, porque xamurar es agotar) hallan oro entre las peñas y hoquedades y resquicios de las peñas y en aquello que estaba en la canal de la dicha madre del agua y por donde su curso natural hacia; y á las veces, cuando una madre de estas es buena y acierta, se halla mucha cantidad de oro en ella. Porque ha de tener vuestra majestad por máxima, y así parece por el efecto, que todo el oro nasce en las cumbres y mas alto de los montes, y que las aguas de las lluvias poco á poco con el tiempo lo trae y abaja á los ríos y quebradas de arroyos que nacen de las sierras, no obstante que muchas veces se halla en llanos que están desviados de los montes; y cuando esto acaece, mucha cantidad se halla por todo aquello, pero por la mayor parte y mas continuadamente se halla en las haldas de los cerros y en los ríos mismos y quebradas; así que de una de estas dos maneras se saca el oro.

Para consecuencia del nascer el oro en lo alto y bajarse á lo bajo se ve un indicio grande que lo hace creer, y es aqueste. El carbon nunca se pudresce debajo de tierra cuando es de madera recia, y acaece que labrando la tierra en la halda del cerro ó en el comedio ó otra parte de él, y rompiendo una mina en tierra virgen, y habiendo ahondado uno, y dos, y tres estados, ó mas, se hallan allá debajo en el peso que hallan el oro, y antes que le topen también; pero en tierra que se juzga por virgen y lo está, así para se romper y cavar algunos carbones de leña, los cuales no pudieron allí entrar, según natura, sino en el tiempo que la superficie de la tierra era en el peso que los dichos carbones hallan, y derribándolos el agua de lo alto, quedaron allí; y como después llovió otras innumerables veces, como es de creer, cayó de lo alto mas y mas tierra, hasta tanto que por discurso de años fué creciendo la tierra sobre los carbones aquellos estados ó cantidad que hay al presente, que se labran las minas desde la superficie hasta donde se topan con los dichos carbones.

Digo mas, que cuanto mas ha corrido el oro desde su nacimiento hasta donde se halló, tanto mas está liso y purificado y de mejor quilate y subido, y cuanto mas cerca está de la mina ó vena donde nació, tanto mas crespo y áspero le hallan y de menos quilates, y tanto mas parte de él se menoscaba ó mengua al tiempo del fundirlo y mas agro está. Algunas veces se hallan gra-

nos grandes y de mucho peso sobre la tierra, y á veces debajo de ella.

El mayor de todos los que hasta hoy en aquestas Indias se ha visto fué el que se perdió en la mar, cerca de la isla de la Beata, que pesaba tres mil docientos castellanos, que son una arroba y siete libras, ó treinta y dos libras de diez y seis onzas, que son sesenta y cuatro marcos de oro; pero otros muchos se han hallado, aunque no de tanto peso.

Yo vi el año de 1515 en poder del tesorero de vuestra majestad, Miguel de Pasamonte, dos granos, que el uno pesaba siete libras, que son catorce marcos, y el otro de diez marcos, que son cinco libras, y de muy buen oro de veinte y dos quilates ó mas.

Y pues aquí se trata del oro, paréceme que antes de pasar adelante y que se hable en otra cosa, se diga cómo los indios saben muy bien dorar las piezas de cobre ó de oro muy bajo; lo cual ellos hacen, y les dan tan excelente color y tan subida, que parece que toda la pieza que así doran es de tan buen oro como si toviere veinte y dos quilates ó mas. La cual color ellos le dan con ciertas yerbas, y tal, que cualquiera platero de los de España ó Italia, ó donde mas expertos los hay, se ternia el que así lo supiese hacer, por muy rico con este secreto ó manera de dorar. Y pues de las minas se ha dicho asaz por menudo la verdad, y particular manera que se tiene en sacar el oro, en lo que toca al cobre, digo que en muchas partes de las dichas islas y tierra firme de estas Indias, se ha hallado, y cada día lo hallan, en gran cantidad y muy rico; pero no se curan hasta agora de ello, ni lo sacan, puesto que en otras partes seria muy grande tesoro la utilidad y provecho que del cobre se podría haber; pero como hay oro, lo mas priva á lo menos, y no se curan de esotro metal. Plata, y muy buena y mucha, se halla en la Nueva-España; pero, como al principio de este reportorio dije, yo no hablo en cosa alguna de aquella provincia al presente; pero todo está puesto y escrito por mí en la *General historia de las Indias*.

#### CAPITULO LXXXIII.

De los pescados y pesquerías.

En Tierra-Firme los pescados que hay, y yo he visto, son muchos y muy diferentes; y pues de todos no será posible decirse aquí, diré de algunos; y primeramente digo que hay unas sardinias anchas y las colas bermejas, excelente pescado y de los mejores que allá hay. Moxarras, diahacas, jureles, dahaos, rajás, salmonados; todos estos, y otros muchos cuyos nombres no tengo en memoria, se toman en los ríos en grandísima abundancia, y asimismo camarones muy buenos; pero en la mar asimismo se toman algunos de los desuso nombrados, y palometas, y acedias, y pargos, y lizas, y pulpos, y doradas, y sábalos muy grandes, y langostas, y xaibas, y ostias, y tortugas grandísimas, y muy grandes tiburones, y manatíes, y morenas, y otros muchos pescados, y de tanta diversidad y cantidad de ellos, que no se podría expresar sin mucha escritura y tiempo para lo escribir; pero solamente especificaré aquí, y diré algo mas largo, lo que toca á tres pescados que de suso se nombraron, que son: tortuga, tiburón y el

manatí. E comenzando del primero, digo que en la isla de Cuba se hallan tan grandes tortugas, que diez y quince hombres son necesarios para sacar del agua una de ellas; esto he oído yo decir en la misma isla á tantas personas de crédito, que lo tengo por mucha verdad; pero lo que yo puedo testificar de vista de las que en Tierra-Firme se matan, yo la he visto en la villa de Acla, que seis hombres tenían bien qué llevar en una, y comúnmente las menores es harta carga una de ellas para dos hombres; y aquella que he dicho que villear á seis, tenía la concha de ella por la mitad del lomo, siete palmos de vara de luengo, y mas de cinco en ancho ó por el través de ella. Tómanlas de esta manera: á veces acaece que caen en las grandes redes barrederas algunas tortugas, pero de la manera que se toman en cantidad es cuando las tortugas se salen de la mar á desovar ó á pascor fuera por las playas; y así como los cristianos ó los indios topan el rastro de ellas en el arena, van por él; y en topándola, ella echa á huir para el agua; pero como es pesada, alcánzanla luego con poca fatiga, y pónenles un palo entre los brazos, debajo, y trastórnanlas de espaldas así como van corriendo, y la tortuga se queda así, que no se puede tornar á enderezar; y dejada así, si hay otro rastro de otra ó otras, van á hacer lo mismo, y de esta forma toman muchas donde salen, como es dicho. Es muy excelente pescado y de muy buen sabor y sano.

El segundo pescado de los tres que de suso se dijo, se llama tiburón; este es grande pescado y muy suelto en el agua, y muy carnicero, y tómanse muchos de ellos, así caminando las naves á la vela por el mar Océano, como surgidas y de otras maneras, en especial los pequeños; pero los mayores se toman navegando los navíos, en esta forma: que como el tiburón ve las naos, las sigue y se va tras ellas, comiendo la basura y inmundicias que de la nao se echan fuera, y por cargada de velas que vaya la nao, y por próspero tiempo que lleve, cual ella lo debe desear, le va siempre el tiburón á la par, y le da en torno muchas vueltas, y acaece seguir á la nao ciento y cincuenta leguas, y mas; y así, podría todo lo que quisiese; y cuando lo quieren matar, echan por popa de la nao un anzuelo de cadena tan grueso como el dedo pulgar, y tan luengo como tres palmos, encorvado, como suelen estar los anzuelos, y las orejas de él á proporcion de la groseza, y al cabo del asta del dicho anzuelo, cuatro ó cinco eslabones de hierro gruesos, y del último atado un cabo de una cuerda, grueso como dos veces ó tres el dicho anzuelo, y ponen en él una pieza de pescado ó tocino, ó carne cualquiera, ó parte del asadura de otro tiburón si le han muerto porque en un día yo he visto tomar nueve, y si se quisieran tomar mas, también se pudiera hacer; y el dicho tiburón, por mucho que la nao corra, la sigue, como es dicho, y trágase todo el dicho anzuelo, y de la sacudida de la fuerza de él mismo, y con la furia que va la nao, así como traga el cebo y se quiere desviar, luego el anzuelo se atraviesa, y le pasa y sale por una quijada la punta de él, y prendido, son algunos de ellos tan grandes, que doce, y quince hombres, ó mas, son necesarios para lo guindar y subir en el navío, y metido en él, un marinero le da con el cotillo

de una hacha en la cabeza grandes golpes, y lo acaba de matar; son tan grandes, que algunos pasan de diez, y doce piés, y mas, y en la groseza, por lo mas ancho tiene cinco, y seis, y siete palmos, y tienen muy gran boca, á proporcion del cuerpo, y en ella dos órdenes de dientes en torno, la una distinta de la otra algo, y muy espesos y fieros los dientes; y muerto, hácenlo lonjas delgadas, y pónenlas á enjugar dos ó tres ó mas días, colgadas por las jarcias del navío al aire, y después se las comen. Es buen pescado, y gran bastimento para muchos días en la nao, por su grandeza; pero los mejores son los pequeños, y massanos y tiernos; es pescado de cuero, como los cazones y tollos; los cuales, y el dicho tiburón, paren otros sus semejantes, vivos; y esto digo porque el Plinio ninguno de aquestos tres puso en el número de los pescados que dice en su *Historia natural* que paren. Estos tiburones salen de la mar, y súbense por los ríos, y en ellos no son menos peligrosos que los lagartos grandes de que atrás se dijo largamente; porque también los tiburones se comen los hombres y las vacas y yeguas, y son muy peligrosos en los vados ó partes de los ríos donde una vez se ceban. Otros pescados, muchos, y muy grandes y pequeños, y de muchas suertes, se toman desde los navíos corriendo á la vela, de lo cual diré tras el manatí, que es el tercero de los tres que dije de suso que expresaría.

El manatí es un pescado de mar, de los grandes, y mucho mayor que el tiburón en groseza y de luengo, y feo mucho, que parece una de aquellas odrinas grandes en que se lleva mosto en Medina del Campo y Arévalo; y la cabeza de este pescado es como de una vaca, y los ojos por semejante, y tiene unos tocones gruesos en lugar de brazos, con que nada, y es animal muy mansueto, y sale hasta la orilla del agua, y si desde ella puede alcanzar algunas yerbas que estén en la costa en tierra, páscelas; mátanlos los ballesteros, y asimismo á otros muchos y muy buenos pescados, con la ballesta, desde una barca ó canoa, porque andan someros de la superficie del agua; y como lo ven, dánle una saetada con un arpon, y el tiro ó arpon con que le dan, lleva una cuerda delgada ó trailla de hilo muy sutil y recio, alquitranado; y vase huyendo, y en tanto el ballestero da cordel, y echa muchas brazas de él fuera, y en el fin del hilo un corcho ó palo, y desde que ha andado bañando la mar de sangre, y está cansado, y vecino á la fin de la vida, llegase él mismo hácia la playa ó costa, y el ballestero va cogiendo su cuerda, y desde que quedan siete ó diez brazas, ó poco mas ó menos, tira del cordel hácia tierra, y el manatí se allega hasta tanto que toca en tierra, y las ondas del agua le ayudan á encajarse mas, y entonces el dicho ballestero y los que le ayudan acábanle de echar en tierra; y para lo llevar á la cibdad ó adonde lo han de pesar, es menester una carreta y un par de bueyes, y á las veces dos pares, según son grandes estos pescados. Asimismo, sin que se llegue á la tierra, lo meten en la canoa, porque como se acaba de morir, se sube sobre el agua: creo que es uno de los mejores pescados del mundo en sabor, y el que mas parece carne; y en tanta manera en la vista es próximo á la vaca, que quien no le hobiere visto entero, mirando una pieza de él cortada, no se sabrá de-

terminar si es vaca ó ternera, y de hecho lo ternán por carne, y se engañarán en esto todos los hombres del mundo; y asimismo el sabor es de muy excelente ternera propriamente, y la cecina de él muy especial, y se tiene mucho; ninguna igualdad tiene, ni es tal, con gran parte, el sollo de estas partes.

Estos manatíes tienen una cierta piedra ó hueso en la cabeza, entre los sesos ó meollo, la cual es muy útil para el mal de la ijada, y muélenla después de haberla muy bien quemado, y aquel polvo molido tórnase cuando el dolor se siente, por la mañana en ayunas, tanta parte como se podrá coger con una blanca de á maravé, en un trago de muy buen vino blanco; y bebiéndolo así tres ó cuatro mañanas, quitase el dolor, según algunos que lo han probado me han dicho; y como testigo de vista, digo que he visto buscar esta piedra con gran diligéncia á muchos para el efecto que he dicho.

Otros pescados hay cuasi tan grandes como los manatíes, que se llaman pexe vihuela, que traen en la parte alta ó hocico una espada, que por ambos lados está llena de dientes muy fieros, y es esta espada de una cosa propia suya, durísima y muy recia, y de cuatro y cinco palmos de luengo, y así á proporción de la longüeza, es la anchura; y hay estos pescados desde tamaños como una sardina ó menos, hasta que dos pares de bueyes tienen harta carga en uno de ellos en una carreta.

Mas, pues me ofrecí de suso de decir de otros pescados que se matan asimismo por la mar navegando los navios, no se olviden las toñinas, que son grandes y buenos pescados, las cuales se matan con figas y arpones arrojados cuando ellas pasan cerca de los navios; y asimismo de la misma manera matan muchas doradas, que es un pescado de los buenos que hay en la mar. Noté en aquel grande mar Océano una cosa, que afirmarán todos los que á las Indias han ido; y es, que así como en la tierra hay provincias fértiles y otras estériles, de la misma manera en la mar acaesce, que algunas veces corren los navios cincuenta, y ciento, y doscientas, y mas leguas, sin poder tomar un pescado ó verle, y en otras partes de aquel mar Océano se ve la mar hirviendo de pescados, y se matan muchos de ellos.

Quédame de decir de una volatería de pescados, que es cosa de oír, y es así: cuando los navios van en aquel grande mar Océano siguiendo su camino, levántanse de una parte y otra muchas manadas de unos pescados, como sardinass el mayor, y de aquesta grandeza para abajo, disminuyendo hasta ser muy pequeños algunos de ellos, que se llaman pexes voladores, y levántanse á manadas en bandas ó lechigadas, y en tanta muchedumbre, que es cosa de admiración, y á veces se levantan pocos; y como acaesce, de un vuelo van á caer cient pasos, y á veces algo mas y menos, y algunas veces caen dentro de los navios. Yo me acuerdo que una noche, estando la gente toda del navío cantando la Salve, hincados de rodillas en la mas alta cubierta de la nao, en la popa, á través de cierta banda de estos pescados voladores, y fíamos con mucho tiempo corriendo, y quedaron muchos de ellos por la nao, y dos ó tres cayeron á par de mí, que yo tové en las manos vivos, y los pude muy bien

ver, y eran luengos del tamaño de sardinass, y de aquella grosseza, y de las quijadas les salían sendas cosas, como aquellas con que nadan los pescados acá en los rios, tan luengas como era todo el pescado, y estas son sus alas; y en tanto que estas tardan de se enjugar con el aire cuando saltan del agua á hacer aquel vuelo, tanto se puede sostener en el aire; pero aquellas enjutas, que es á lo mas en el espacio ó trecho que es dicho, caen en el agua, y tórnanse á levantar y hacer lo mismo, ó se quedan y lo dejan; pero en el año de 1515 años, cuando la primera vez yo vine á informar á vuestra majestad de las cosas de Indias, y fui en Flándes, luego el año siguiente, al tiempo de su bienaventurada subcesion en estos sus reinos de Castilla y Aragon, en aquel camino corriendo yo con la nao, cerca de la isia Bermuda que por otro nombre se llama la Garza, y es la mas léjos isla de todas las que hoy se saben en el mundo, que mas léjos está de otra ninguna isla ó tierra-firme, y llegué de ella hasta estar en ocho brazas de agua, y á tiro de lombarda de ella; y determinado de hacer saltar en tierra alguna gente á saber lo que hay allí, y aun para hacer dejar en aquella isla algunos puercoos vivos de los que yo traía en la nao para el camino, porque se multiplicasen allí; pero el tiempo saltó luego al contrario, y hizo que no pudiésemos tomar la dicha isla, la cual puede ser de longitud doce leguas, y de latitud seis, y terná hasta treinta leguas de circuíto, y está en treinta y tres grados de la banda de Santo Domingo, hácia la parte de septentrion; y estando por allí cerca, vi un contraste de estos pexes voladores y de las doradas y de las gaviotas, que en verdad me parece que era la cosa de mayor placer que en mar se podia ver de semejantes cosas. Las doradas iban sobreaguadas, y á veces mostrando los lomos, y levantaban estos pescadillos voladores, á los cuales seguian por los comer, lo cual huían con el vuelo suyo, y las doradas proseguian corriendo tras ellos á do caian; por otra parte, las gaviotas ó gavinas en el aire tomaban muchos de los pexes voladores; de manera que ni arriba ni abajo no tenían seguridad; y este mismo peligro tienen los hombres en las cosas de esta vida mortal, que ningun seguro hay para el alto ni bajo estado de la tierra; y esto solo debria bastar para que los hombres se acuerden de aquella segura folganza que tiene Dios aparejada para quien le ama, y quitar los pensamientos del mundo, en que tan aparejados están los peligros, y los poner en la vida eterna, en que está la perpetua seguridad.

Tornando á mi historia, estas aves eran de la isla Bermuda que he dicho, y cerca de ella vi esta volatería extraña, porque aquestas aves no se apartan mucho de tierra, ni podian ser de otra tierra alguna.

#### CAPITULO LXXXIV.

De la pesquería de las perlas.

Pues que se ha dicho de algunas cosas que no son de tanta estimación ó prescio como las perlas, justo me parece que diga la manera de cómo se pescan, y es así: en la costa del norte, en Cubagua y Cumaná, que es donde aquesto mas se ejercita, según plenariamente yo fui informado de indios y cristianos, dicen que salen de aquella isla de Cubagua muchos indios, que allí

están en cuadrillas de señores particulares, vecinos de Santo Domingo y San Juan, y en una canoa ó barca vanse por la mañana cuatro ó cinco ó seis, ó mas, y donde les parece ó saben ya que es la cantidad de las perlas, allí se paran en el agua, y échanse para abajo á nado los dichos indios, hasta que llegan al suelo, y queda en la barca uno, la cual tiene queda todo lo que él puede, atendiendo que salgan los que han entrado debajo del agua; y después que gran espacio ha estado el indio así debajo, sale fuera encima del agua, y nandando se recoge á su barca, y presenta y pone en ella las ostias que saca, porque en ostias se hallan las dichas perlas, y descansa un poco, y come algun bocado, y después torna á entrar en el agua y está allí lo que puede, y torna á salir con las ostias que ha tornado á hallar, y hace lo que primero, y de esta manera todos los demás que son nadadores para este ejercicio, hacen lo mismo; y cuando viene la noche, y les parece tiempo de descansar, vanse á la isla á su casa, y entregran las dichas ostias al mayordomo de su señor, que de los dichos indios tiene cargo; y aquel háceles dar de cenar, y pone en cobro las dichas ostias; y cuando tiene copia, hace que las abran, y en cada una hallan las perlas ó aljófar, dos, y tres, y cuatro, y cinco, y seis, y muchos mas granos, según natura allí los puso, y guárdanse las perlas y aljófar que en las dichas ostias se hallan, y cómense las ostias si quieren, ó échanlas á mal, porque hay tantas, que aborrecen, y todo lo que sobra de semejantes pescados enoja, cuanto mas que ellas son muy duras, y no tan buenas para comer como las de España. Esta isla de Cubagua, donde aquesta pesquería está, es en la costa del norte, y no es mayor de lo que es Gelanda, pero es tamaña. Algunas veces que la mar anda mas alta de lo que los pescadores y ministros de esta pesquería de perlas querrian, y tambien porque naturalmente cuando un hombre está en mucha hondura debajo del agua (como lo he yo muy bien probado), los piés se levantan para arriba, y con dificultad pueden estar en tierra debajo del agua luengo espacio: en esto proveen los indios, con echarse sobre los lomos dos piedras, una al un costado, y otra al otro, asidas de una cuerda, y él en medio, y déjase ir para abajo, y como las piedras son pesadas, hácenle estar debajo en el suelo quedo, pero cuando le parece y quiere subirse, fácilmente puede desechar las piedras y salirse; pero no es aquesto que está dicho lo que puede maravillar de la habilidad que los indios tienen para este ejercicio, sino que muchos de ellos se están debajo del agua una hora, y algunos mas tiempo, y menos, según que cada uno es apto y suficiente para esta hacienda. Otra cosa grande me ocurre, y es, que preguntando yo muchas veces á algunos señores de los indios que andan en esta pesquería, si se acababan las pesquerías de estas perlas, pues que es pequeño el sitio donde se toman, todos me respondieron que se acababan en una parte y se iban á pescar á otra, al otro costado ó viento contrario, y que después que tambien acullá se acababan, se tornan al primero lugar ó á alguna de aquellas partes donde primero habian pescado, y dejándolo por agotado de perlas, y que lo hallaban tan lleuo como si nunca allí hobieran sacado cosa alguna; de que

HA.

se infiere y puede sospechar que, ó son de paso estas ostias, como lo son otros pescados, ó nacen y se aumentan y producen en lugar señalado. Aquesta Cumaná y Cubagua, donde aquesta pesquería de perlas que he dicho se hace, está en doce grados de la parte que la dicha costa mira al norte ó septentrion.

Asimismo se toman y hallan muchas perlas en la mar austral del Sur, y muy mayores en la isla de las Perlas, que los indios llaman Terarequi, que es en el golfo de Sant Miguel, y allí han parecido mayores perlas mucho, y de mas prescio que en estotra costa del norte, en Cumaná, ni en otra parte de ella: digo esto como testigo de vista, porque en aquella mar del Sur yo he estado, y me he informado muy particularmente de lo que toca á estas perlas.

De esta isla de Terarequi es una perla pera, de treinta y un quilates, que hobo Pedrarias en mil y tantos pesos, la cual se hobo cuando el capitan Gaspar de Morales, primo del dicho Pedrarias, pasó á la dicha isla en el año de 1515 años; la cual perla vale muchos mas dineros.

De aquella isla tambien es una perla redondísima que yo truje de aquella mar, tamaña como un bodigo pequeño, y pesa veinte y seis quilates; y en la cibdad de Panamá, en la mar del Sur, dí por esta perla seis-cientos y cincuenta pesos de buen oro, y la tuve tres años en mi poder, y después que estoy en España la vendí al conde Nansao, marqués del Cenete, gran camarlengo de vuestra majestad; el cual la dió á la marquesa del Cenete, doña Mencía de Mendoza, su mujer; la cual perla creo yo que es una de las mayores, ó la mayor de todas las que en estas partes se han visto, redonda; porque ha de saber vuestra majestad que en aquella costa del sur antes se hallarán cient perlas grandes de talla de pera que una redonda grande. Está esta dicha isla de Terarequi, que los cristianos la llaman la isla de las Perlas, y otros la dicen isla de Flores, en ocho grados, puesta á la banda ó parte austral ó del sur de la Tierra-Firme, en la provincia de Castilla del Oro. En estas dos partes que he dicho de la costa y otra de Tierra-Firme, es donde hasta agora se pescan las perlas; pero tambien he sabido que en la provincia y islas de Cartagena hay perlas; y pues vuestra majestad manda que vaya á le servir allí de su gobernador y capitan, yo me tengo cuidado de las hacer buscar, y no me maravillo que allí se hallen asimismo, porque los que aquesto me han dicho no hablan sino por oídas de los mismos indios de aquella tierra, que se las han enseñado dentro en el pueblo y puerto del cacique Carex, que es el principal de la isla de Codego, que está en la boca del puerto de la dicha Cartagena, la cual en lengua de los indios se llama Coro; la cual isla y puerto están á la banda del norte de la costa de Tierra-Firme en diez grados.

#### CAPITULO LXXXV.

Del estrecho y camino que hay desde la mar del Norte á la mar Austral, que dicen del Sur.

Opinion ha seido entre los cosmógrafos y pilotos modernos, y personas que de la mar tienen algun conocimiento, que hay estrecho de agua desde la mar del